

Eduardo Nicol, “Ensayo sobre el ensayo”, en *El problema de la filosofía hispánica* (Madrid: Tecnos, 1961 / México DF: FCE, 2000 - Sevilla: Espuela de Plata, 2008, ed. Luis de Llera). Por Juan Luis Fernández Vega.

Al ofrecer una reseña de un texto de Eduardo Nicol que, si bien significativo en la historia de la filosofía española contemporánea, queda ya distante en el tiempo, aunque por su interés ha sido reeditado en 2000 y 2008, nuestro triple objetivo ha de ser mostrar la intención de autor, resumir su argumento y valorar su contribución en la perspectiva de las décadas transcurridas.¹ De este modo ayudamos a tener presente su memoria (han pasado ya 35 años desde el fallecimiento de Nicol) y realizamos una pequeña aportación al esfuerzo de la SCHFE por reflexionar, mediante diversas actividades, sobre el ensayismo filosófico español. Este análisis presupone otro en que hubimos de examinar el problema de la retórica filosófica en Nicol y Ortega.²

1. Pretensión de Nicol

Eduardo José Gregorio Nicol Franciscá (Barcelona, 1907 – Ciudad de México, 1990) incluyó su *Ensayo sobre el ensayo* como tercera parte del libro *El problema de la filosofía hispánica*, publicado en 1961 en la España franquista, dato este no baladí pues se trataba de un exiliado republicano de 1939 que había sentado cátedra y se había mexicanizado en la UNAM.³ Aunque algunos de los primeros reseñadores criticaron que esta parte y la segunda, referida a la “Escuela de Barcelona”, se hubiesen añadido al texto primero que da nombre al volumen, tal reproche pasaba seguramente por alto la unidad orgánica que presidía las tres secciones y justificaba su comunión en un tomo: se trataba de asentar un concepto universal de filosofía y de asignar, dentro de él, una misión a la cultura hispánica. ¿Y qué tenía que ver el “ensayo” en todo esto? Pues mucho y en un doble aspecto. En primer lugar, decidir los pros y contras de la forma ensayística implica aclararse sobre la tarea propia de la filosofía como ciencia (como había pedido Husserl y Nicol suscribía, “ciencia estricta”, *strenge Wissenschaft*). Y en segundo lugar, el pensamiento hispano se ha desarrollado, con ejemplos como Unamuno y Ortega, mediante el vehículo ensayístico, por lo cual conviene sopesar si esto no habrá sido contraproducente.

Nicol apuesta por una concreta normatividad de la filosofía (es también Husserl quien ha señalado que la ciencia no es solo el hecho de sus escritos, sino además el ideal al que apuntan, su “deber ser”, que orienta sus métodos), a la que iría asociada una jerarquía de discursos filosóficos. Esa jerarquía sirve, además, como indicio del grado de rigor epistémico alcanzado en cada uno de los niveles de la estratificación. Su texto nos ofrece, a este respecto, una interesante paradoja: Nicol no formula un tratado sobre el ensayo, sino un “ensayo sobre el ensayo”. Esto implica que todas las insuficiencias de la forma

¹ Citamos por la edición original: Eduardo Nicol, *El problema de la filosofía hispánica* (Madrid: Tecnos, 1961), 206-279.

² Juan Luis Fernández Vega, “La tribuna vacante: Eduardo Nicol y la retórica filosófica tras Ortega”, *Éndoxa. Series filosóficas*, 49, 2022, 73-91.

³ La edición más reciente es E. Nicol (aut.), Luis de Llera (ed., intr.) *El problema de la filosofía hispánica* (Sevilla: Espuela de Plata, 2008). Esta edición ha sido reseñada críticamente por Arturo Aguirre en *Revista de Hispanismo Filosófico*, No. 15, 2010, 310-313.

ensayística le son también de aplicación aquí a Nicol mismo. La filosofía conoce esto desde muy antiguo, con la etiqueta de "Paradoja del Cretense". En sentido riguroso, no es posible un ensayo para descalificar el ensayo: si tiene éxito, se autodestruye; si fracasa, no lo ha descalificado. Esta pregunta quedará como decisiva al final de la lectura: ¿por qué Nicol no ha descalificado el ensayo desde otro formato? Animar a la ensayística hispanidad para que abandone el ensayismo... ¿con otro ensayo más?

No escribe Nicol sobre el ensayo desde un vacío bibliográfico. En 1944, el mexicano Alfonso Reyes lo ha descrito, en su teoría literaria, como "el centauro de los géneros". En 1957, otro exiliado, Juan Marichal, ha publicado *La voluntad de estilo*, un importante estudio sobre la teoría e historia del ensayismo hispánico, que lleva desde Gutiérrez Díez de Games hasta Ortega y Gasset. En el ámbito extra hispánico, se han pronunciado de forma sugerente sobre el ensayo figuras como Georg Lukács, Walter Benjamin o Aldous Huxley. En 1962, al año siguiente de este libro de Nicol, se publica en español, traducido por Manuel Sacristán, *El ensayo como forma*, de Theodor Adorno, aparecido en alemán en 1958. El propio Nicol, en su *Historicismo y existencialismo*, ha desarrollado una primera valoración crítica del ensayismo, al referirse a Ortega y Gasset, al que considera como una etapa de la filosofía hispánica que urge superar. Agregamos: en la primera edición de su *Metafísica de la expresión* (México DF, 1957), el pensador hispano-mexicano ha destacado la íntima vinculación entre el ser y el lenguaje, pero eso significa como corolario que el ser de la filosofía está totalmente determinado en su expresión. Y en este punto hay una polémica irreductible entre esta visión de Nicol y el ensayo *Salvar a Ortega* que José Gaos expone en 1955, de la mano de una visión mucho más abierta y pluralista de la expresión filosófica, que queda expuesta en sus *Confesiones profesionales*. Hay que subrayar que el posicionamiento de Gaos es disparado por el hecho de que Nicol, en *Historicismo y existencialismo*, ha negado a Ortega carácter de filósofo.⁴

Finalmente señalemos la importancia histórico-biográfica de estos textos de Nicol. La dirección intelectual del régimen franquista llevaba desde mediados de la década de 1950 invitando a Nicol a regresar a España como profesor de la Universidad de Barcelona, en magníficas condiciones, y a publicar artículos y libros dentro del país. Por ello Nicol incluyó en 1959 a España dentro de la gira europea de su largo año sabático en la UNAM. Impartió conferencias, visitó a Zubiri, se reencontró dos décadas después con su país natal. Entonces se firmó un acuerdo con Tecnos para publicar toda su obra en España. De ello surgen en 1960 una edición revisada de *Historicismo y existencialismo* y, en 1961, *El problema de la filosofía hispánica*, que viene de la polémica con Gaos. Este libro se sitúa en el umbral de una recepción total de Nicol en España: de su afirmación personal y normativa ante la tradición interior.

Existe, pues, un trasfondo personal, hispánico e internacional de la meditación de Nicol. Presente y futuro del filosofar están concernidos por una nada inocente pregunta sobre el "estilo" de los escritos filosóficos, que parecería problema solo retórico. La intención de Nicol es reafirmar una apuesta por la racionalidad sistemática, ante la cual el enfoque ensayístico no

⁴ Ver una comparación Nicol/Gaos en R. Lane Kaumann, "Hacia un ensayo transhispánico en dos filósofos españoles exiliados en México", en Reindert Dhondt, Dagmar Vandenbosch (eds.), *Transnacionalidad e hibridez en el ensayo hispánico* (Leiden: Brill, 2017), 67-79.

puede presentarse sino como un género menor, mester de juglaría y no de clerecía. Esto implicaba realizar una operación de “jerarquía de urgencia” para reubicar al recientemente fallecido Ortega (1955) en su debido sitio. Ortega había sido genial, pero no ejemplar: que otros países no hagan caso a nuestros hallazgos filosóficos a lo mejor es culpa nuestra.

2. Resumen argumental.

Nicol subdivide su largo ensayo de 73 páginas en once partes. La primera es introductoria y las demás, de variable extensión, pueden exponerse en forma de decálogo. De la mano de otro ensayo sobre el ensayo, el de Huxley, nos presenta Nicol este género como algo que es casi literatura y casi filosofía, a medio camino entre pura literatura y pura filosofía. Ese “casi” determina unas ciertas reglas, que impiden tratar todas las cuestiones o tratar a fondo las que sí se pueden. Como “tanteo”, el ensayo filosófico “es como un teatro de ideas en que se confunden el ensayo y el estreno”, mientras que en las ciencias “las ideas se ensayan en privado antes de representarlas en público”. Pero la diferencia es netamente cognitiva: el ensayo presenta lo particular sobre el trasfondo de lo universal; solo la teoría científica permite poner lo universal en relación con lo universal. Por ello el ensayo es monográfico, mientras que la verdadera filosofía es teórica. Y Nicol se propone mostrarlo en el ensayista filosófico español por excelencia, Ortega. Las tesis de Nicol podemos resumirlas en diez puntos:

1. “La filosofía auténtica (...) socrática y viril se opone a la filosofía popular, publicitaria y femenina” (p. 217). Con este comentario tan revelador de patrones machistas imperantes a mediados del siglo pasado, Nicol, que vincula el ensayo con el preciosismo, que sería virtud femenina y propia de obras menores, considera las piezas mayores como algo más bien épico. El género limita el contenido de la expresión y condiciona el estilo. La filosofía es cosa de hombres, más que de humanos.
2. Ortega ha sido un maestro del ensayo, pero no de la filosofía científica. Son “puros ensayos de literatura de ideas” (p. 222). Una muestra es cómo trata a Kierkegaard, entre enfado y desenfado expresivos.
3. El ensayo es “salado” y apropiado para el moralismo, pero no como un moralista serio, sino aplicando la ironía para satisfacer el interés vital que constituye su atractivo como género.
4. Las orteguianas anécdotas personales en un texto de filosofía serían, en filosofía científica, “como las clásicas pistolas del crucifijo” (p. 232) y revelan una filosofía de la filosofía en la que lo importante no es el problema teórico, sino el sujeto que filosofa. Frente a esta pretensión, Nicol quiere “salvar o reivindicar a la filosofía misma” (p. 234). La ostentación del yo personal en Ortega y Unamuno, frente a su eclipse en Husserl o Bergson, no es de recibo. Y peor es aún que el orteguiano José Gaos (a quien Nicol no cita expresamente) haya desarrollado una filosofía que ensalza el personalismo. ¿Y si el genio español fuese personalista? Responde Nicol: “la alternativa es clara: o se sirve al ego o se sirve a la filosofía” (p. 239).
5. Ortega hubiera podido escribir unas magníficas memorias, mejores aún que sus ensayos. Hubieran sido su obra maestra. Pero nadie puede ser genial escribiendo solo unas memorias, porque estas dependen de lo que se halla en otra parte, en otra actividad distinta.

6. Hay una paradoja en Ortega: los filósofos no lo valoran como escritor, los literatos no lo estudian porque era filósofo. Habría que estudiar la escritura y el estilo orteguiano. (Ya se acababa de hacer en Venezuela y se hará en España un cuarto de siglo después).⁵ Hay en Ortega falta de entrega y de diálogo, "siempre da la impresión de que viaja solo", y su sentido del humor es sin sonrisa, pues pronto se torna desdén o sarcasmo, cuando "la sonrisa es la más sana fuente de la caridad". El genio de la palabra, pues, se ejerció con brillantez, pero con limitaciones.

7. Que Ortega fuese un "gran artífice de la expresión" no implica que también fuera "un gran artífice de pensamientos". Nicol percibe una "deslealtad interior de Ortega ante su vocación", que habría sido más bien literaria que filosófica. Por ello le falta el "gran aliento" de la obra unitaria y cae en dispersión (p. 249). Muestra una discontinuidad propia del "ensayismo nato" y del "circunstancialismo".

8. Esto conduce a examinar el papel de la retórica en la filosofía, y Nicol se remonta a Gorgias como primer hombre que tuvo "conciencia de estilo", pero en el que Platón y Aristóteles vieron los peligros de un lenguaje al servicio de la persuasión social, no de la verdad. "El buen arte de la palabra", dice Nicol, "es un arte moral, y no meramente un arte retórico" (p. 252). La belleza no estorba, pero la dignidad del discurso depende del fin. Por ello la metáfora, la imagen y el ejemplo cumplen funciones muy distintas en la expresión científica y en el ensayo. En la filosofía científica, la imagen no suplanta al concepto, sino que lo ilustra. Ese comedimiento se pierde en el ensayo, donde la metáfora sirve de estímulo a la ideación. Pero en la auténtica filosofía el concepto es el señor y la imagen su sirvienta: "La belleza eventual de estilo habrá de ser un valor de complemento" (p. 254). Esto asumía para la filosofía el mismo canon expresivo que el teórico alemán Bernheim había fijado para la historiografía, en una obra que se había traducido y publicado en Barcelona ya antes de la Guerra Civil.⁶ Remacha Nicol: "la verdad filosófica no es una obra de arte". La división de los filósofos en "sistemáticos" por un lado y "problemáticos" o ideadores por otro lleva a Nicol a la apología de la filosofía sistemática, única que ha hecho progresar a la filosofía en su historia. "Un ensayista puede ser genial, como Montaigne, como Gracián o Quevedo, como Ortega. Pero cuando se trata del ensayo filosófico, el género mismo es un género menor, respecto del género grande que es el sistemático, y esto no hay nadie que lo cambie", pues hay una "objetiva jerarquía de los géneros" (p. 263).

9. Así, el tamaño importa y, como el ensayo es una forma menor, "no cabe desarrollar en él ningún proyecto majestuoso". El fundamento de todo esto es que la realidad es un orden, un sistema, y la verdadera aventura y goce es descubrirlo. Hay una homología entre realidad y filosofía científica, mientras que el ensayo es solo perspectiva y parcialidad.

10. Por eso piensa Nicol que el verdadero goce de Ortega fue "más verbal que conceptual" (p. 271). Así pudo, aun siendo filósofo, ser también popular.

⁵ Ángel Rosenblat, *Ortega y Gasset: lengua y estilo* (Caracas: Instituto de Filología Andrés Bello, 1958). Ricardo Senabre Sempere (coord.) *El escritor José Ortega y Gasset* (Cáceres: Universidad de Extremadura, 1985).

⁶ Ernst Bernheim (aut.), Pascual Galindo Romeo (trad.), Rafael Martínez (apend. bibl.) *Introducción al estudio de la historia* (Barcelona: Labor, 1934).

Apuesta Nicol por que España reforme “el temple de la gente”, constituya estilo de vida “auténticamente civilizado” y salga del “trágico ciclo de la turbulencia y la apatía” (p. 278). No hay que extirpar a Ortega, cuyo valor se reconoce, sino ubicarlo bien en nuestro ideario filosófico y cultural: no se trata de cirugía de urgencia, sino de jerarquía de urgencia.

3. Valoración

En su reseña de entonces en *Diánoia*, el pensador mexicano Agustín Basave se resiente del excesivo anti-orteguismo de Nicol en este ensayo. Señala que el título podría haber sido “Ensayo sobre el ensayo orteguiano”.⁷ Nosotros diríamos incluso “*contra* el ensayo orteguiano”. El artículo de Adorno, por contraposición a Nicol, consistía en una defensa de la forma ensayística como “la forma crítica *par excellence*”, con su función de “crítica de la ideología”, de la ortodoxia y de las pretensiones de totalidad. Adorno consideraba que la mala prensa del ensayo en la cultura alemana venía de su escaso compromiso histórico con el libre pensamiento, defecto que venía ya de una insuficiente Ilustración.⁸ En rigor, Nicol no reclama que se suprima el ensayo filosófico, simplemente quiere ubicarlo en su lugar correcto, menor, subordinado, en la jerarquía de los discursos filosóficos. Cuál sea esta jerarquía desde el punto de vista positivo tampoco se nos indica. Aunque se descartan los manuales y resúmenes didácticos como representantes adecuados o canónicos de la filosofía científica y sistemática, las menciones a Platón parecen autorizar los diálogos, pero las que se dirigen a Aristóteles o Santo Tomás apuntan a “sumas” o tratados.

En sus lecciones de Lisboa de 1944, Ortega había subrayado la histórica carencia, en filosofía, de un *genus dicendi* propio: lo que había era “una extravagante fauna literaria”. Esto se debía, según él, a “causas hondas”, pero ya nunca volvió sobre ellas.⁹ Tampoco Nicol. El filósofo español de la metafísica de la expresión no nos dejó una caracterización clara de esas causas hondas de donde surgía, como consecuencia, la jerarquía de los discursos filosóficos. La actitud sistemática se derivaba para él, sencillamente, de la tarea mandatada a la filosofía como ciencia. La realidad es sistema, luego la filosofía ha de ser sistemática, no solo en su exposición, sino también en su avance investigador. Por esos mismos años, en *Verdad y método* (1960), Hans-Georg Gadamer estaba abogando por ver la filosofía como un diálogo cooperativo en el tiempo. Las *Investigations* de Ludwig Wittgenstein abandonan la forma *Tractatus* y se convierten en reflexiones parciales, con no poca retórica de la paradoja y sin perder de la primera forma su voluntad aforística. Por otro lado, neopositivismo, dialéctica marxista y estructuralismo sí sostenían voluntades filosóficas sistemáticas y, sin embargo, serán pronto minados por la historicidad: Kuhn y Popper; los frankfurtianos como Habermas; Foucault y Derrida. Además, esas filosofías orientadas por la ciencia natural nunca fueron de la devoción de Nicol, fiel a un concepto clásico, ahora desarrollado desde la fenomenología, de la metafísica.

⁷ Agustín Basave Fernández del Valle, “Reseña de *El problema de la filosofía hispánica* de Eduardo Nicol”, *Diánoia*, Vol. 9, No. 9, 1963, 340-341.

⁸ Theodor Adorno (aut.), Manuel Sacristán (trad.), *Notas de literatura* (Barcelona: Ariel, 1962), 30.

⁹ Ver Juan Luis Fernández, “La tribuna vacante”, op. cit., 76.

El propio Nicol, a la vista de la grave amenaza del mundo tecnologizado a los valores humanos, acabará postulando años después una retórica clara del filósofo para poder influir en la sociedad y hacer frente a los discursos predominantes. Así, el ensayo es, cuanto menos, el género que conecta al filósofo y al ciudadano. Habría que salvarlo por su función psicagógica. El ensayo es el Gorgias bueno. Pero esto no nos libra de la nuclear cuestión, apuntada por Gaos: la (i)legitimidad de la soberbia de la filosofía. Pues el ensayo es la humildad, pero en él la filosofía no podría presentarse, como el proverbial soberbio que afirmaba haberse enmendado, con el título de "lo más humilde del mundo". En lo implacable del discurso sistemático ante otros *genera dicendi*, mas también en la sabiduría existencial que da por finiquitado el sistematismo, se detecta una comunidad de posición: primacía de este discurso sobre todos los demás. A la inversa, el postulado de seguimiento sistemático de una realidad que es sistema se podría ver como humilde aceptación de una tarea minuciosa y retadora. Así un discurso le dice rivalizando (con soberbia) al otro: "no eres tan humilde como yo". Esta dialéctica toca un tema hondo: la posición del discurso filosófico en una cultura contemporánea dominada por las ciencias y por una mezcla de religiones e ideologías. Sin un Gorgias bueno, parece difícil que la filosofía pueda ejercer su función antropológica en dichos escenarios. Nicol finalmente se fue aviniendo a ello en *El porvenir de la filosofía* (1972) y en *La reforma de la filosofía* (1980). Y aunque no lo admitiera expresamente, esto supuso conceder algo de razón a Unamuno y Ortega como filósofos públicos, y al papel de la retórica en filosofía.